

ESPAÑA PINTORESCA,



EL ANTIGUO ALCAZAR DE HIJAR.

Estiéndese el pueblo de Hija en la deliciosa y florida rivera del río Martín, en la provincia de Aragón, y entre las curiosas antigüedades que contiene, cual son los vestigios de sus nueve torres, los cuatro arcos llamados vulgarmente de San Blas, del Puente, de la Virgen de los arcos, y de San Antonio Abad, y su vieja iglesia parroquial, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos, se cuenta también como monumento de antigüedad y grandeza, el célebre alcázar que se cree fue en un tiempo palacio del rey D. Jaime I de Aragón y después ostentoso domicilio de los duques de esta villa.

Hállase situado en una ancha y espaciosa esplanada que en forma de plaza tiene la villa en la parte más elevada de la eminencia en cuyo declive está situada. Cercan á esta plaza fragmentos ruinosos de antiguos y fuertes muros que con sus torreones y almenas existieron en aquel sitio, y á un extremo de él y en el lugar más cómodo y vistoso se levanta el antiquísimo y deteriorado alcázar cuya primorosa estructura interior pudimos admi-

rar solo en los bellos y desordenados restos de su pasado esplendor.

Entrando por su puerta principal se vé desde luego un patio cuadrado y ancho formado por los espaciosos andales bajos y la alta galería, aquellos y esta con fuertes y hermosas columnas de mármol que contienen la trabajada techumbre. Para subir á la galería que dá entrada al interior del edificio se encuentra á mano derecha una cómoda y ancha escalera fabricada de piedra, con sus viejas paredes llenas de pinturas de gusto é inteligencia, muchas de ellas ya casi borradas por el trascurso de los años. La galería principal á que esta escalera conduce tiene una construcción gótica tan primorosa y esmerada que á pesar de los ultrajes del tiempo y el abandono ruinoso en que se encuentra todo el edificio, ella ostenta con magestad y grandeza su noble origen y antigüedad. Contiene escudos, pilares, bajos relieves, cornisas y otros bellos adornos tan oportunamente distribuidos que la vista se recrea en ellos á pesar del injurioso velo que los cubre. Por esta galería se vá al grande salón que pertenece al frente principal

5 de mayo de 1840.

del Alcazar. Este salon contiene ademas de los primores y bellezas de su estructura, miserables restos de los adornos con que fue en un tiempo vestido, y cuya opulencia, segun el dicho de las gentes del pais, escitaba la admiracion de los viñeros.

Esto es solamente lo que pudimos recorrer del ruinoso alcázar; pues lo restante del edificio, que son grandes y desnudas habitaciones de su dependencia, estaban en tan mal estado de seguridad que se nos prohibió entrar en ellas por nuestro conductor, por el peligro inminente de perecer entre sus ruinas como á algunos desgraciados investigadores les habrá sucedido. Escuchamos dóciles tal advertencia, y deteniéndonos en el umbral de aquellas sombrías y silenciosas habitaciones contemplamos grande rato con amargura, en su perspectiva miserable y aterradora, el éxito desdichado de las grandezas humanas. — «Aquí hubo príncipes en un tiempo nos decíamos á nosotros mismos y hubo con ellos brillante corte, placeres, ostentacion y grandeza. Estos solitarios espacios estarian entonces con la reunion de sus habitantes llenos de vida y de juventud; y bajo estos viejos techos se abrigrarian las quimeras de la ambicion, el orgullo de la opulencia, los intereses del estado, el fuego de las pasiones y los sueños seductores de la felicidad y el amor. ¿Y que se ha hecho todo esto? ¿dónde estan los anhelados gozós de aquella dicha? Los adorados objetos de aquella fortuna? ¿La salud y el contento de aquella feliz existencia?... Ah! ¡funesta realidad! han desaparecido: el tiempo los ha arrebatado en su curso veloz y destructor y de aquella edad afortunada y gloriosa apenas quedan, en estos ruinosos vestigios, confusos recuerdos de su pasado ser y prosperidad... ¡Terrible porvenir!...» — A semejante consideracion se abisma el alma, se entristece el corazon, se entibia el anhelo de los placeres, se disipa el humano orgullo, y reconoce el hombre sensato y pensador su inferioridad y miseria.

Después que salimos de aquella mansion tétrica y arruinada tuvimos ocasion de saber que el principal origen del triste estado en que se hallaba, era el abandono y descuido con que, hacia años, era mirada por los que tenían el encargo de atender á sus reparos: que los ancianos del pueblo de Hija la habian conocido aun bajo un pie de lucimiento y magnificencia que encantaba, y que los muebles y ricos adornos de sus habitaciones habian ido paulatinamente desapareciendo. Supimos tambien que tenia este alcázar grandes y dilatados subterráneos (de los cuales aun quedan señales) que se extendian hasta la orilla del rio Martín, por donde es fama que los sirvientes de los príncipes y los duques subian el agua al palacio.

Viniendo á Hija desde la parte del pueblo de Andorra se vé perfectamente por su espalda el aspecto magestuoso de este antiguo alcázar que con número considerable de vistosas y enrejadas ventanas mira á la deliciosa margen del rio.

Posteriormente al reconocimiento que hemos descrito el alcázar se undió por algunas de sus partes y fue casi totalmente derruido en atencion á su mal estado de seguridad y á varias desgracias ocurridas.

JUAN GUILLEN BUZARAN.

EL P. ISLA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

El día 9 de julio de 1773 por la noche, estando ya acostado con sus compañeros fue allanada su casa, y conducido preso del modo mas infame, y después de 19 dias

de prision fue desterrado á un pueblecito miserable donde permaneció mas de dos años en el estado mas deplorable y abatido, lleno de dolores y de indigencia: el motivo fue haber defendido su instituto de varias imputaciones que se le hicieron en su presencia, y que rebatió victoriosamente, en ocasion en que el haber callado hubiera parecido confirmacion de ellas: pero su interlocutor viendo ajado su amor propio, recurrió al medio de acusarle al tribunal eclesiástico. Hubiera fallecido indudablemente en su destierro á no haberle sucedido antes esto al cardenal Malvezzi: sucedióle otro legado benigno el cual le mandó restituir á Bolonia: hospedado en el palacio de los condes de Tedeschi que le amaban en extremo, dándole mesa y habitacion, con un criado para que le acompañase, pues ya no podia andar solo. Apenas pudo disfrutar alguna quietud, volvió al punto sus tareas literarias á pesar de su mucha edad y continuos achaques, y en tal estado tradujo el *Arte de encomendarse á Dios* que dedicó á su hermana Doña Maria Francisca, y la famosa obra del *Gil Blas de Santillana*: en esta traduccion en beneficio de un pobre caballero español que se lo pidió así para socorrerse con su impresio como lo verificó.

Mas como hacia mucho tiempo que habia desasado castellano, esta traduccion, aunque no desmerece de pluma, no salió con toda, tan correcta como las demas versiones suyas.

En estas ocupaciones pasó los últimos años de su vida que fueron tanto dolorosos. Falleció el día 2 de noviembre de 1781, en el palacio de Tedeschi de Bolonia, á la edad de 78 años 6 meses y 7 dias de resultas del ataque de la lepra que padeció en sus últimos años: fue enterrado en la parroquia de Santa Maria de Murate, con gran sentimiento de sus hermanos y de todos los españoles é italianos que le habian tratado.

Ademas de las obras que van mencionadas en este título compuso varios *Sermones* que se imprimieron 6 tomos en 4.º, á pesar de la gran repugnancia que encontró para ello. Una obra en *defensa de los serviles de los hospitalarios de San Juan de Dios*. Varias apogias de la religion. *Las notas á los libros de Ciceron* sobre la senectud y la amistad. *La vida de Ciceron* en verso didascálico castellano en impugnacion de varios libros literarios y morales. *Las cartas del bachiller Juan la Encina* en que con motivo de impugnar un escrito significativo sobre el método de curar los sabañones, estendiendo á tratar varios asuntos de química y medicina ridiculizando el mal gusto de escribir de unos y las erradas opiniones de otros acerca de estos asuntos. Tambien salieron á luz después de su muerte dos tomos en 8.º de varias piezas sueltas, ineditas que se titulan *Rebusco P. Isla*: pero hay en él una gran porcion de cosas que no son suyas, como tampoco lo son el titulado *Mercado* con varias noticias contemporáneas, y las cartas del P. Isla que corren con nombre suyo. Después de su muerte se publicaron tambien por su hermana Doña Maria Francisca sus *cartas familiares* en seis tomos en 8.º. Pero de lo que quedaba de una gran porcion de obras suyas se ha perdido ó al menos han quedado ineditas.

Entre otras se sabe que compuso varias memorias relativas á la historia y costumbres del siglo, otra obra titulada *Los magistrados exterminadores*; (critica del parlamento francés); unas notas al proyecto de historia de Bourg Fontenines; anatomia de la carta pastoral de prelado; en 4 tomos en 4.º. Otros muchos papeles se embargaron á su salida de España, y en vano trató recuperarlos, escribiendo para ellos al conde de Aranda el cual se excusó alegando que se habian depositado en

biblioteca reservada de los estudios de San Isidro: pero hay motivo para creer que no entraron allí tales papeles, ó al menos que existieron muy poco tiempo.

Lo peor es que aquellos papeles eran quizá de lo mejor que había escrito en su juventud, y casi todos en verso, lo cual hace su pérdida tanto mas sensible.

Esta multitud de escritos da á conocer sus profundos talentos y mucha invención: con todo, es de admirar que las traducciones sobrepujan en número á sus obras originales. Varias causas concurrieron para ello: las persecuciones que le atrajeron sus dos obras originales *el día grande de Navarra*, y *el Gerundio*, que son sin disputa de lo mejor que escribió; las trabas que imponía su religión á todos los escritores; el deseo de dar publicidad á varias obras morales compuestas en el extranjero, que fue en lo que mas se empleó; pero sobre todo, su mucho encojimiento y humildad, que le impedía dar rienda á su imaginación festiva y bulliciosa. Por esta razón se contentó con fundamento que si hubiera sido seglar, y hubiera dado libertad á su pluma, inundara la España de obras festivas y de gusto que le habieran hecho el Quevedo del siglo XVIII.

Algunos en vista de sus escritos satíricos se han empeñado en considerarle como un hombre taimado y de mucha reserva, siempre pronto á denigrar á sus enemigos.

Antes al contrario, su corazón era sumamente franco y candoroso y amigo de favorecer á todos en cuanto podía: su conversacion era igualmente viva y animada, chistosa y honesta, á lo cual concurría una soltura de lengua admirable, y su lenguaje siempre puro y castizo. Con todas estas buenas cualidades y á pesar de su vida retirada y silenciosa, tuvo que luchar con todos aquellos trabajos á que parece se hallan condenados los hombres grandes, y que son como una pension de la gloria humana.

V. F.

COSTUMBRES PROVINCIALES.

LA FERIA DE ALMAGRO.

Por el camino que conduce desde Bolaños á Almagro, marchaban con reposado continente el día 2 de febrero de no sé que año, una caravana compuesta de catorce ó veinte personas, entre jóvenes, ancianos y pábulos de ambos sexos; cabalgando los unos en el caballo de S. Francisco, y arreanados otros en albardones de paja movidos por cuadrúpedos asnales. Gente aldeana toda, que rebosaba alegría y salud; que trasegaba el vino del pellejo alestomago en cualquier época del año, y que en esta á que nos referimos, lo hacia con mas ahínco, para ahuyentar el frío de la estación y entretener el tiempo ocioso.

Descollaba entre esta muchedumbre, á la manera que descuella el chaparro entre los matorrales de un monte bajo, la enorme y abotijada persona del Sr. Juan Colmena, el mas rico de los cosecheros de Bolaños, con sus puntas de algalgo y sus ribetes de entendido; el cual, oprimiendo los lomos de una robusta mula, se entretenía en arrear con una varita de olivo la cenicienta pollina, donde envuelto en jamas caminaba su esposa. Estos tiernos consortes,

que en el estado de la naturaleza, quiero decir, despojados de sus vestidos, vendrian á componer un peso de veinte y tantas arrobas, parecian nacido uno para otro; ni mas ni menos que el elefante fue criado para su hembra, y la madre de los terneros nació para el reposado y sesudo buey. El Sr. Juan Colmena frisaba en la edad de los cincuenta años, y era sin embargo tan candoroso como un niño de escuela. Su mujer la señora Leoncia, ocupaba en cuanto á edad el término medio en la serie de números de la lotería primitiva; pero había avanzado tan poco como su digno consorte en la progresion de los desengaños mundanos, é iba anunciando en su franca fisonomía, que participaba mucho de la sencillez de los pavos y gallinas de su corral. Mostrábase grande deferencia y respeto el resto de la comitiva; porque en Bolaños, como en todas las aldeas y ciudades del mundo, el pobre acaricia y adula al rico, y el rico yergue la cabeza en la presencia del pobre; ora vivan sometidos al yugo de los Califas, ora gocen la benéfica influencia de los gobiernos que tienen por lema *igualdad ante la ley*.

¿Pero á dónde se dirige esa gente? ¿Cuál es el motivo que los mueve entre nubes de polvo encaminándolos hacia ese inmenso lugaron cuya torre se divisa á lo lejos? — Curioso lector, levanta los ojos unos cuantos renglones mas arriba, abe despues el calendario de Castilla la Nueva por la segunda hoja vuelta; coteja la fecha en que se celebra la feria de Almagro, con la que tiene esta fidedigna historia, y saldrás inmediatamente de la incertidumbre en que ahora yaces. Solo te advertiré, porque esto no lo dice el calendario, ni está escrito en los precedentes renglones, que el Sr. Juan Colmena, que á la sazón saca de entre los pliegues de la faja un largo bolsillo de estambre verde y cuenta con mucha pausa diferentes monedas, tiene el proyecto de cambiar en el mercado su modesta cabalgadura por un alazán cordovés que respingue, caracolée y sacuda las crines, cuando el gordo propietario vaya en persona á visitar su vacada ó á entretener el ocio en la cuadrilla mujerial que le recoje la aceituna. La señora Leoncia se propone en este viaje tres importantes objetos. 1.º El de satisfacer la comezon, tan natural en su sexo, de ver y ser vista, de curiosear, tocar, entrar, salir, pavonearse, preguntar, regatear, revolver y criticar. 2.º El de comprarse una saya de percal, fondo amarillo, con grandes ramos encarnados y verdes, igual á la que ha visto á una señora alcaldesa, de no sé que pueblo, en las últimas funciones de novillos; y 3.º El de poner en movimiento toda la masa humoral por medio del ejercicio, respirar nuevos aires, y aun consultar á algun físico forastero de los que concurren á la feria, sobre los medios de conseguir algun tierno Isaac, alejando de sí el fatal anatema de esterilidad como otra nueva Sara.

Los demas personajes del acompañamiento llevan miras muy diversas en esta jornada, que fuera largo especificar; quien piensa comprar una faja de estambre y unos escarpines azules; cual trata de mercar unos zapatos de cabra para hacer un regalo á su novia; y cual otro, por último, se propone vender unas grandes hebillas de plata del visabuelo de su muger (único resto que conserva de la carta dotal) para pagar su iguala al cirujano, el herraje al albeitar, y los derechos de un entierro al Sr. cura de la parroquia.

II.

Todos bulla y algaraza en la gran plaza de Almagro: todo ruido de campanillas; todo grito de vendedores, todo relincho de caballos. Aquí los curiosos se agolpan á ver una respetable multitud que entra de pronto en el

mercado, en la que los machos y muleros todos traen el pelo de la dehesa; allá los forasteros se agrupan al rededor de las tiendas de percales y estameñas, devorando con los ojos los pintorreados florones y los dorados orillos; acá los chicuelos se paran estupefactos á contemplar una manta de higos y unos cenachos colmaditos de nevados roscones; acullá los galanes hidalgueros se apresuran á comprar corchetes y botonaduras de feligrana en el puesto del platero, luengas navajas al chalan, y sendos conos de terciopelo con relumbrones de talco en la ambulante tienda del constructor de las monteras. Nada huelga en este recinto; pisa el pie, el ojo observa, calcula el cerebro, la gente empuja, los perros olfatean, los pobres mendigan, los mercaderes engañan. Solo algun escuálido cortesano, que casualmente se encuentra en el pueblo con objeto de ver si las aguas gruesas entonan su estómago debilitado por las píldoras, es el que se pasea con aire indiferente por la plaza, buscando en vano con la vista las antiquísimas sillerías, los viejos fregaderos, las mutiladas sartenes, y demas asquerosos muebles que representan un papel tan principal en la gran feria de Madrid.

En el extremo occidental de este mercado, que es donde generalmente se hace toda clase de cambios, ó *gardas*, por hablar en el idioma del país, se encuentra reunida una porcion considerable de gitanos de ambos sexos, que sin dárseles un bledo de que sus ascendientes fuesen *Bohemios* ó *Egipcios*, egercitan su industria para vivir y conservarse, como Dios manda, ora engañando al prójimo con trueques y combalaches, ora diciendo la buena ventura á los que tienen la mala de darles oídos; y ora, en fin, escamoteando con singular destreza aquello que nunca sobra en los bolsillos del que lo lleva y que tanta falta suele hacer al que no lo tiene en el suyo.

En medio de esta turba chalanesca se encuentra un hombre largo y enjuto, con dos cañas de pescar en vez de pantorrillas, y una coleta de pelo entrecano que le cuelga por la espalda hasta tocar al hueso puvis. Llámase el tío *Perucho* y es el corifeo de la cuadrilla egipcia, desempeñando á la vez las funciones de legislador, capataz, sumo pontífice, y recaudador del derecho de la catropea. Está metido en una conversacion tan grave como tirada con el señor *Juan Col-*

mena; y segun se colige por la atención con que este observa de reojo á un caballo negro que entre otros varios tiene de venta el *Perucho*, ha fijado ya su elección, y el cambio de la mula debe verificarse muy pronto, bajo las condiciones que se estipulen y acuerden por ambas partes.

No muy lejos de este sitio, se descubre á la señora *Leoncia* revolviendo con impertinente afán, una cajita de sortijas que le presenta una gitana. Rodéanla seis ó siete mozuellas de la misma casta que la vendedora, todas de teces morenas, de cabellos desgredados, de ojos vivarachos y de lengua espedita. Tan acosada se encuentra la redonda aldeana, que no sabe como contestar á las ofertas y preguntas de aquel enjambre, ni cual anillo elegir de los muchos y de variadas formas que se le ofrecen á la vista.—Lleve su merced este rubí, señorita, que tiene los mismos colores que esa cara de cielo.—Yo si fuera zu mercé, compraria esa esmeralda para zer afortunada en amorez.—Calla tú, yegua pia; y qué necesiá tiene zu mercé de ezmeraldaz con eze amorcito de talle y eze Jezu de palmito, que paece una virgen de loz ángelez.—Lo que debe llevar la conñota, ez eze anillo de oro con diamantes, y estos cintillicos de plata para los niños.—No tengo la dicha de ser madre, dijo *Leoncia* suspirando, y acomodándose en el dedo la preciosa tumbaga.—Señorita, déjeme su mercé mirar esa mano, exclamó la que llamaban *yegua pia*, sin duda por las enormes pecas que á manera de manchas se estendian por su rostro. Déjeme por la virgen mirarla, que asi la ampare el fruto de sus benditas entrañas, como la color de las rayas y las cruces que forma la palma, me dicen que su mercé está en cinta.—Y diciendo y haciendo se dió dos vueltas al cuerpo con las puntas del pañuelo que á manera de chal le colgaba de los hombros, sacó la pierna derecha con gracia como si fuera á bailar un *alante dos*, cogió el brazo de la aldeana, que esta alargó sin repugnancia alguna, y mirándolo de hito en hito, entabló un interrogatorio, despues una forma de oracion, y en seguida un pronóstico, que fueran dignos de narrarse, si el ruido que á la sazón formaban en aquel tránsito varios carros cargados de vino, no impidiera percibir con distincion las mágicas palabras de la adivina.



Mas dejemos á la señora *Leoncia* que ventile á su sabor las cuestiones mujeriles que fueren de su interés, y trasladémonos de nuevo al parage donde el obeso *Colmena* y el enjuto *Perucho*, dignos trasuntos del hombre gordo y el hombre flaco de nuestros días, disputan acaloradamente, sobre el valor, mérito y cualidades del *caba-*

llo en venta.—Para que se perzuada zu mercé de lo que ez eze vicho voy á hacer que el *pipiolo* le dé un trote en pelo.—Oye, muchacho, zube encima de eza beztia y dala cuerda hazta que zude loz ligados; que este señor quiere avizorar como brazea.—No hay que quitarle la mantilla, (dijo un mozalvete del corro, con sendas boto-

aduras de plata en calzon, justillo y chaqueta, larga chorrera acanalada, y pañuelo de seda ajustado á la frente.) —No hay que tocarle á la cincha, que no ce le ha dao loadía el pienzo y ce le pueden rezfriar los riñones. —Aguarda, pipiolo, que te dé el eztrivo. —En esto se acercó al interlocutor un muchachuelo como de seis años, afirmó la punta de un pie en la mano del mozalvete, y haciendo un pequeño empuje se puso á horcajadas encima del caballo con tanta presteza y desemboltura, como pudiera hacerlo un alumno del circo Olímpico de París. —Arrea, morito, y no le dezboquez, dijo entonces el chalan dando una fuerte palmada en el anca del animal,

y al punto el moro como si le entendiera, ó mas bien como si sintiese el pinchazo del aguijon (1), emprendió un trote largo enhestando las orejas y haciendo corbetas que merecieron los mayores aplausos de la concurrencia. Despues de esta prueba se procedió á un exámen escrupuloso de las patas del caballo, que se hallaron sanas y sin ningun alifaz aparente; se le abrió la boca y se contaron los dientes que estaban completos, blancos y sin granillo; se calculó la edad en un lustro no cumplido, atendiendo á que el animal no habia mudado aun los dientes de leche.



Y despues de mil altercados, de setecientas exageraciones por parte de la cuadrilla gitanesca, y de quinientas contorsiones por la del Colmena, que ora abriendo los ojos para mirar al alazan, indicaba sus vivos deseos de poseerle, y ora metiendo la mano en el bolsillo decia bastante lo sensible que le era disminuirle de volumen, consumóse la guarda; el morito con su mantilla de bayeta de cuadros pasó á poder del propietario de Bolaños; y la mula de este con todo su aparejo y 20 doblones en buena plata, entró en el fondo comun de la cofradía vagamunda.

No bien se habia concluido este trato, tan ventajoso para el Señor Colmena, que no cabia en sí de gozo por haber puesto á su empresa tan venturosa cima, cuando se sintió tirar de la manga por su amable consorte, que le dijo al oido con aire de satisfaccion. — «Chiquillo tenemos.» — ¿Qué quieres decir con eso? exclamó regocijado el Sr. Juan, echando un brazo al cuello de su caballo y otro al de su mujer. — Que he comprado, dijo esta, unas yerbas cogidas en América ó en las Indias, allá, muy leños, con las cuales haciendo un cocimiento de vino blanco y tomándole en luna creciente, antes de los diez meses tendremos rorro en casa. — Mira, mira otra merca que he hecho. — ¿Y qué significa ese rollo de bayeta y esas tiras de lienzo que traes ahí. — ¡Majaderó; exclamó la señora Leoncia empuñándose en las puntas de los pies para alcanzar á la oreja de su marido; merecías no ser padre jamas, ya que eres tan torpe que no conoces que estos son los avíos para la envollura de tu hijol...

III.

Por el camino que conduce desde Almagro á Bolaños, marchaba en reposado continente la mismísima alegre carabana de que hemos hecho mencion en el principio de este artículo. Todos sus individuos habian dejado algunas monedas en la feria, pero en cambio traian abundante provision de efectos y halagüeñas esperanzas de sorpresa para sus respectivas familias. Solo el redondo y apelm-

zado Juan Colmena era el que regresaba algun tanto taciturno, flojas las riendas en la mano, y libre el pensamiento que vagaba por el estrecho aposento de su cerebro, como voltigea el murciélago en un desvan acosado por los chiquillos y ofuscado por la luz de un candil. Todo el placer que experimentaba su corazon al verse á caballo sobre un moro jóven, fogoso y de buena estampa, se lo amargaba el recuerdo de su mula querida; aquella tierna compañera de sus paseos campestres y de sus fatigas labriegas. A mas de esto, entraba en cuentas consigo mismo y calculaba por celemines y cuartillos las fanegas de trigo que tendria que vender, para reintegrar á su monetario de los 75 pesos fuertes que habia estraído del arcon, y sacaba por resultado, segun el mal estado que presentaba la cosecha, que estaba en el caso de apelar á las medidas extraordinarias de economía, para evitar un hundimiento en el edificio de su fortuna. Yendo y viniendo en estas tristes cavilaciones, volvió de pronto la cabeza para mirar á su digna consorte, que abstraída tambien con sus pensamientos, marchaba sin hablar palabra y sin acordarse siquiera de arrear á su acanea; y con tono mas de marido que de amante, la dirigió una brusca interpelacion. — ¿Que cuánto dinero he gastado? repuso la señora Leoncia, tirando del ramal á su jumenta y haciendo un alto repentino con muestras de confusion y de desagrado; ¿que cuánto dinero he gastado? no parece sino que soy alguna mujer despilfarrada, que arruina á su marido sin ton ni son, echándose galas y moños, ó comprando higos y galguerías. Es verdá que he mercado una saya y unos escapularios de la virgen, y un rosario de plata y otras cosas que me hacen tanta falta como el comer; pero á buen seguro que todayá traigo cinco duros de los veinte que saqué del lugar. Y para pro-

(1) Los gitanos suelen llevar un anillo armado de un pequeño aguijon ó punta de hierro para espolear á las caballerías afectando acariciarlas.

bar lo que decía, echóse la mano atrás á buscar la abertura de la saya, metió, sacó, volvió á meter y sacar, y mudando veinte y cinco colores, diciendo mil veces ¡Jesus, y doscientas mil aves marías, concluyó confesando no sin despecho y rubor, que la habían robado el dinero y el rosario de plata con la adición de un pañuelo de yerbas que no tenía mas que cinco labaduras, y la caja del rapé que era de hoja de lata con charol amarillo. Sus sospechas y sus maldiciones recayeron inmediatamente sobre la aventurera *yegua pia*, que al introducirla en el bolsillo las misteriosas yerbas de la fecundación, habria estraído estos objetos por evitar, sin duda, que padeciese detrimento la misteriosa medicina.

Llorosa y acongojada la buena lugareña por la pérdida de sus alhajas, sintióse acometida de pronto de una idea aterradora. La adivina, habia abusado de su confianza robándola traidoramente; ¿no podría del mismo modo haberse burlado de su sencillez pronosticándola lo que tanto anhelaba, y vendiéndole á caro precio nnas plantas destituidas de la virtud prolífica? Esta duda cruel puso el colmo á su ansiedad y desesperación. Dió mil vueltas entre sus dedos al papel, sin atreverse á desdoblarlo, lo acercó á las narices para ver si el olfato podía penetrar el arcano, lo guardó de nuevo, volvió en seguida á sacarlo, y por último decidiéndose de una vez, despliega los dobleces, examina el contenido, y lo arroja violentamente contra el suelo, llena de vergüenza y de rabia. Las plantas raras, las yerbas traídas de América y que cocidas en vino blanco y tomadas en su cuarto creciente tenían prodigiosa virtud de alejar la esterilidad, eran en suma unas flores cordiales, tan secas, tan insípidas y tan á propósito para promover una abundante traspiración, como las que usaba la *señora Leoncia* en cualquier cuarto de luna en que se sentía constipada.

Difícil fuera enumerar las imprecaciones que hizo y los denuestos que pronunció, cuando llegó á penetrar hasta el fondo de su amargo desengaño. El señor *Juan Colmena*, á pesar de sus cuentas y de los nuevos desfalcos de su conjunta y atrahillada mujer, no pudo menos de soltar la carcajada al ver las hojas secas de amapola y la flor de malvas á tan caro precio compradas; y queriendo hacer gala de su inteligencia y superioridad en materias de comercio, metió las espuelas á su alazan, esperando una corbata ó un respingo gracioso, que pudiese de manifiesto la escuela, gallardía y vigor de su gentil cabalgadura. Pero ¿cuál fué su sorpresa al advertir que el sumiso animal sufrió resignado la espuela, y solo emprendió un medio trote eogando de una mano, para volver un minuto despues á su marcha pausada y fatigosa? Picóle segunda vez, y segunda vez repitió las mismas evoluciones; apeóse entonces, reconocióle detenidamente, y despues de darle mil vueltas, auxiliado en esta operaciou por todos los labradores de la carabana, se convenció con asombro de que el caballo estaba abierto de pechos y tenía una herida profunda en el casco de una mano. Atribulado entonces y lleno de disgusto, mandó hacer alto á la gente con pretexto de tomar un refrigerio, y dió orden á uno de sus gañanes para que quitase los aparejos al moro y le pusiera en el arnero un razonable pienso con que restaurase sus fuerzas. Nuevos descubrimientos nuevas consternaciones. El lomo del animal estaba acribillado de mataduras, y los remiendos de piel cosidos diestramente para taparlas, solo servian para esacerbar su dolor en aquella parte, produciéndole convulsiones y continuos estremecimientos. Atardido *Colmena* y sin saber lo que le pasaba, moviase de un lado á otro no acertando á disculpar su torpeza, ni á disimular la ira, la tribulación y la angustia que abrigaba en su corazón.—Es muy jóven,

decía procurando consolarse á sí mismo; no tiene aun cinco años, y será fácil curarle: en teniéndole 15 dias á mi cuidado, yo respondo de que ha de beber los vientos; porque es de casta de muchos bríos. Apuesto á que come dos cuartillos de cebada de una asentada....

Hizose en efecto la prueba; el caballo alargó el hocico hácia el arnero movido del poderoso instinto de la necesidad, pero al querer masticar los primeros granos, se desprendieron uno tras otro de sus viejas mandíbulas hasta cuatro dientes eterogéneos que el arte habia ingerido en ellas para suplir provisionalmente la falta de los naturales.

Este postrero é inesperado desengaño, acabó de dar al traste con la poca paciencia que restaba á *Colmena*, destruyendo de una vez sus ilusorias esperanzas. Mohino y cabizbajo emprendió de nuevo el camino hácia su casa, seguido de su mujer, no menos afligida y confusa que él, y de toda su comitiva; reflexionando tristemente, que habia llevado á la feria gran parte del fruto de sus ahorros, y que traía en cambio una piel para forrar sus baulles, y una emboltura para el primer espósito que apareciese en la pila de la parroquia.

C. DIAZ.

LA TORRE DE BEN-ABIL.

NOVELA.

(Continuacion. Véase el número anterior.)

LA EMBOSCADA Y LA PELEA.



El alba blanqueaba el firmamento, y la luna pálida y triste declinaba en el horizonte. Con el mayor cuidado marchaban á la descubierta cuatro flanqueadores cristianos registrando los barrancos y cerros que anunciaban ya las inmediaciones de la terrible sierra, mientras un poco mas atras se extendia como una larga serpiente de plata el brillante escuadron de Ruy Diaz Ponce que, conducido por su gefe, marchaba sin recelo por las estrechas veredas de los espantosos precipicios. Ningun motivo habia de temor. El silencio mas profundo habia acompañado su paso por las feraces campiñas, y las crestas de la sierra que brillaban ya á los primeros albores del dia aparecian á sus ojos desnudas y severas: ni un solo turbante se destacaba en el profundo azul del horizonte.

Cabalgaba Ruy Diaz Ponce melancólico y taciturno: su hijo Rodrigo contemplaba con orgullo y esperanza la lucida tropa de los caballeros españoles, y en su semblante asomaba de cuando en cuando una sonrisa feroz al tender sus ojos por la cumbre de las desiertas montañas. Y así caminaron algun rato, y las primeras luces del sol los vieron empeñados en la subida de las montañas. De repente uno de los flanqueadores volvió riendas al caballo, y llegándose á Ruy Diaz le dijo al oído algunas palabras.

«Caballeros, exclamó el adelantado: tenemos botín: cerrad las filas, y silencio.»

Efectivamente, á pocas varas de distancia se veía un grupo de campesinos moriscos, llevando al interior de la sierra sus ganados. Los cristianos procuraron alcanzarlos al trote de los caballos, pero ellos se perdieron en un bosquecillo que llegaba á la cumbre de la sierra. Ruy Diaz no tenía en cuenta al seguirlos el interés de la presa, pero temia que aquellos moros diesen la alarma en toda la montaña, y quedase con esto malograda su atre-

vida expedición. La tropa marchó adelante, y se internó en un terreno cortado por rocas y precipicios, cubierto de árboles que impedían el movimiento de los caballos. El primero que se lanzó fue Ruy Díaz: detrás Gonzalo de Vargas: Rodrigo quedó mandando los escuadrones castellanos. Las ramas y las rocas los separaron un momento, pero de repente se oyó la voz del anciano gritando con fuerza: «Santiago y cierra España!» Los caballeros metieron espuelas a sus caballos, pero de repente una lluvia de flechas cayó sobre sus armaduras, y como por encanto se vieron rodeados de un enjambre de moros. El choque fue fatal: los cristianos no pudieron resistir el inesperado ataque y se retiraron en desorden: Rodrigo les gritaba: «deteneos!» pero sus palabras no fueron oídas hasta después que, saliendo del terrible bosque, pudieron rehacerse para resistir al enemigo. Entonces los moros salieron uno á uno; los ginetes llevaban cogido de las riendas á sus bridones, y saltaban agilmente á la carrera sobre ellos para ir al encuentro de los castellanos: las alturas estaban coronadas de sarracenos que arrojaban sus certeros dardos desde las rocas inaccesibles: muchos caballeros habían perecido en tan desigual contienda, pero Rodrigo mantenía todavía el campo, aguardando á su padre, temiendo por su vida.

Lo vió, pero lo vió al lindero del bosquecillo, acompañado de Gonzalo de Vargas, luchando ambos contra una multitud de moros que los cercaban: su suerte era irremediable, porque no había retirada para ellos: todo estaba ocupado por los enemigos: delante, detrás, por los costados se apiñaban los feroces sarracenos, armados de lanzas y de yathaganes. El anciano no vacilaba: su espada brillaba como el rayo sobre los blancos turbantes de los moros, y Gonzalo de Vargas acreditaba en aquel combate el indómito valor que tan célebre le hizo después en los anales de la guerra. Rodrigo miraba cólerico y apenado el peligro de su padre: volviéndose á los caballeros castellanos señaló al adelantado que luchaba aun con energía: — «seguidme!» — exclamó, y el escuadrón cristiano saltó á escape por encima de las rocas entre las nubes de flechas que caían desde las alturas vecinas. Las turbas de moros corrían de un lado á otro: desorganizadas, sin gefes, sin plan alguno, se desbandaban á la llegada de los castellanos furiosos, para ocupar los desfiladeros de los montes. Pocos pasos faltaban ya á Rodrigo para alcanzar á su padre: el penacho de Ruy Díaz ondeaba entre los vecinos arbustos, y su grito de guerra resonaba entre el tumulto de las armas y el clamor de los combatientes. Libre podía contarse ya, cuando un moro de alta estatura y blanca barba salió de entre la multitud: su lanza describió algunos círculos sobre su cabeza, y cayendo luego sobre el casco del adelantado, lo arrancó de su frente destrozando la visera. Entonces se paró é hizo una señal, los moros que le cercaban se retiraron para resistir el choque de la caballería española. El sarraceno arrojó la lanza, y sacando con increíble ligereza de la vaina su encorvada cimitarra, gritó en alta voz.

«Ruy Díaz, yo soy. Muza-ben-azil, hijo de Aben-Jusaf. La venganza ha levantado su mano: vas á morir.»

«Perro, exclamó el adelantado: la sangre de tu raza es infame:....»

No acabó: el alfanje del sarraceno cayó como una clava sobre su cabeza, hendiendo el cráneo, y haciéndole arrojar por la boca y por los ojos torrentes de sangre: el guerrero cayó sin proferir un gemido: sus ojos se agitaron convulsivamente en sus órbitas, y quedaron luego inmóviles, conservando su acostumbrada expresión de magestad y fiereza.

«Padre mío,» murmuró vacilante Rodrigo: una nube pasó un momento por su frente, pero recobrado al momento de su allicción gritó con furia. «Adelante! coged á ese perro infiel.» No fue necesario; Gonzalo de Vargas lo había prevenido: mientras que el moro contemplaba alegre su víctima, la lanza del cristiano había atravesado el pecho de Muza; y cortando su cabeza, la arrojó como guante de desafío al tropel de los sarracenos que aun resistían: pero pronto empezó el desorden: los moros cedieron el campo, y se acogieron á las alturas: Rodrigo avanzó, y recogiendo el cadáver de su padre, lo hizo colocar en el caballo de un soldado.

— «Guárdalo bien, exclamó! guárdalo, y esta tarde rociaremos su semblante inanimado con la sangre de su enemigo. O padre mío, cumpliré mi juramento.»

Los cristianos iban á seguir: el espanto de los moros les hubiera abierto camino entre las montañas: pero un grito de guerra sonó por todas las colinas. «Abul Gazan! Abul Gazan!» El nombre terrible del jeque se repetía con ecos triunfantes entre los sarracenos; y por la vertiente occidental de la sierra bajaba fuerte y compacto un lucido escuadrón de guerreros mahometanos. Rodrigo no aguardó: haciendo una señal á los soldados, metió espuelas á su caballo para ir al encuentro de los moros: estos se detuvieron y aguardaron el choque sin moverse. Las lanzas se cruzaron: moros y cristianos se confundieron: y la voz de Rodrigo llamaba á Abul Gazan: no aguardó mucho: el terrible sarraceno estaba enfrente inclinado sobre su brioso berberisco. El caballero alzó su lanza, y blandiéndola con fuerza la arrojó contra el pecho de su enemigo: certero hubiera sido el golpe, si Abul Gazan no hubiera bajado la cabeza hasta el cuello de su bridon: la lanza pasó por encima silbando, y fue á clavarse en un árbol vecino. El moro se arrojó como un relámpago sobre el cristiano: de un tajo cortó las riendas del caballo: y el segundo golpe de su alfanje daudo en el casco de Rodrigo, lo hizo vacilar en la silla, y caer después aturdido bajo los pies del berberisco del jeque. El moro iba á concluir con su enemigo, inclinandose en la sierra, sacaba ya su daga de la vaina, pero al mirar al caballero, un pensamiento repentino le hizo mudar de resolución: silbó, y su silbido fue repetido por los ecos de los valles.—

«Giaffar, gritó á su fiel servidor que permanecía á su lado, parando los golpes de los castellanos: «retiraos y aguardadme en la llanura: que Almanzor ocupe todas las gargantas de la sierra.» El guerrero se inclinó al escuchar la orden del gefe, y pronto el escuadrón morisco partió como un relámpago. Los moros de á pie bajaron con terribles alaridos de las alturas para caer sobre los cansados castellanos: en aquel momento se acercó Gonzalo de Vargas á Rodrigo.

«Señor, van á envolvernos ¿qué hacemos?»

— «Combatir hasta morir, respondió el inexorable guerrero: pero levantándose todavía aturdido de la violencia del golpe, tendió su vista por el horizonte.—

No hay esperanza, exclamó: partid: yo quedo á.... vengarme.—

«¡Dudas de mí replicó Gonzalo: mañana tendremos mas fuerzas, y yo te juro no descansar hasta verte vengado: vive para derramar la sangre de los moros.»

«Pues bien; partamos, dijo Rodrigo: partamos....»

Los caballeros volvieron las riendas á sus cansados caballos: por fortuna pudieron llegar antes que los enjambres de moros que los seguían á los linderos de la temible sierra; y libres ya de aquel peligro, diezados por el combate de la mañana, contemplaban con melancólicos ojos al sol subiendo á su zenit entre los dorados vapores

de las montañas. Las agujas y torres de Jerez aparecieron en el horizonte; y los cristianos, pálidos y tristes, apretaron los hijares de sus caballos fatigados.

ANTIGUEDADES ROMANAS.

CIRCO MAXIMO DE TOLEDO.



La antiquísima ciudad, de la que dijo un célebre historiador *urbs parva, set valde munita*, célebre en todas épocas y tiempos lo fue con mucha preferencia en la ocasión en que los romanos dominadores del mundo ocuparon con sus victoriosas armas la fértil y codiciada España. Era por entonces Toledo capital de la parte llamada Carpetania donde residían el Presidente, los Hamines y se guardaban los tesoros públicos, no sirviendo empero todo esto de obstáculo, para que perteneciendo esta insigne ciudad al convento síndico de Cartagena, acudiese allí con sus pleitos. Dudan los historiadores si en tiempo de la legacia del pretor, P. Carisio, siendo emperador Augusto, fue ó no hecha colonia; pero aun dejando esto, es indisputable que tuvo fuero de batir moneda, como lo demuestran algunas que han quedado, lo cual es un grande privilegio, sin otros muchos que se pudieran alegar.

Erales á los romanos muy útil ennoblecer ciudad tan fuerte y á propósito para su conservación con suntuosos edificios, que acreditasen la grande estima en que la tenían.

Uno de los principales y mayores que tuvo, fue el *circo máximo*, cuyas ruinas aun permanecen en la vega de esta ciudad. De este célebre monumento han hablado todos los historiadores de Toledo, con mas Bosarte, Ponz y Cean Bermudez; pero ninguno se ha parado á explicar con individualidad esos venerables restos de la potencia romana, ni á detallar su forma medidas y actual estado, despues de las destrucciones que ha padecido.

Vénse hoy en la vega de Toledo, junto al convento que fue de los mínimos, las ruinas de este gran circo, que en su tiempo (según lo que yo he observado) competiría con los de Barcelona, Cartagena, Tarragona y Mérida. La materia de su construcción es argamasa de piedra menuda y cal tan unido y petrificado, que está hecho un cuerpo fortísimo, tanto que la injuria de los tiempos no lo ha deshecho del todo. Estas ruinas se estienden formando, con dos líneas paralelas, un amplísimo espacio, que comenzando en forma cuadrada fenece luego en circular, teniendo de longitud 1045 pies castellanos y 332 de ancho por la parte oriental en que antes estaba una antigua ermita llamada la capilla de Montero.

Estas líneas de argamasa que formaban las paredes laterales presentan otra interior como de cuatro pies de grueso, separada de las primeras como 3 varas, de lo que se colige, que el primer cimiento, que es mas grueso, debía sostener una muralla ó pared de gran peso, y el segundo estaba destinado á formar sobre él un antepecho, pórtico ó corredor marchando igualmente paralelo con la muralla por toda su estension.

Al estremo que termina como queda dicho en forma circular se miran ciertas bóvedas de la misma argamasa, cuyas entradas están por la parte exterior elevadas como 9 pies de la superficie de la tierra, y van estrechándose hasta fenecer en un arco de poca altura que sale al óvalo.

Por la parte superior sustentan un plano de 12 pies ancho con bastante pendiente ó declive hácia dentro que dá al instante á conocer, que aquello estaba para formar una gradería de arriba abajo.

Este grande circo, cuyo uso era destinado para espectáculos de juegos militares y carreras á caballo ó carros, tuvo entrada y salida por cuatro arcos muy capaces del mismo argamason. Uno de ellos está entero en la parte que mira entre norte y poniente. Es bastante grande, pues quitando la tierra que en mucha parte encubre, podía entrar por él un carro triunfal, aunque fuese muy corpulento. En el lado opuesto y otros á correspondencia solo han quedado los estribos de otros arcos iguales.

Aunque este monumento, tan célebre en otro tiempo, manifieste hoy poca hermosura en su construcción, no se puede dudar que fue obra soberbia y conforme á la vanidad de los romanos en los edificios públicos, pues cuando se abrieron las zanjas para la planta del convento de religiosos mínimos, que llaman San Bartolomé de la Vega, y que coje un buen trozo de dicho arco, por la parte occidental, se hallaron muchas columnas, muy altas, de precioso mármol, hermosas, robustas bien tratadas, alabadas de los lapidarios por sus colores y venas, con especialidad una que servía de sustentáculo al púlpito de la iglesia de ese convento, la cual ya existe despues de la destrucción de aquel.

Contiguo á este mismo circo por el lado de Poniente se hallan otros cimientos, cuya línea empieza desde la muralla del mismo circo, y desde esta parte marcha por la derecha formando un círculo, que fenece por izquierda con la muralla principal. La longitud de este espacio es 65 varas, y la latitud 85. Un poco mas distante, pero no lejos, hácia el norte hay vestigios del mismo argamason, como son 11 cepas macizas en figura triangular equilátera, colocadas en buen orden, formando todas un espacioso medio óvalo cuya entrada tiene de ancho 198 pies y de fondo, hasta el foro, 161.

Todas estas otras ruinas dicen Pisa y otros que son de un templo gentilicio, otros suponen que fuese una naufragia, pero es de creer mas bien que fuese un anfiteatro para las fiestas del circo: á no ser que se quiera decir que desde el templo saliesen los romanos á solemnizar las fiestas religiosas con las distracciones civiles, lo cual carece de antecedentes.

A pesar de el conato de destruir permaneció en mucha parte del circo romano de Toledo, durante la dominación Goda, hasta los años de 911, cuando los moros ocupaban esta ciudad, sujeta por aquel tiempo á los reyes de Córdoba, que á Abdala sucedió Abderraman II el nieto, que á poco de entronizarse entró en tierra de Toledo con 40000 hombres á sujetar por armas esa ciudad que tenía tiranizada el rebelde Calib Aben Hatsur. Por su campo en la vega, mas los primeros días hicieron sitiados algunas salidas protegidos por las ruinas del circo máximo, lo que fue causa, según dicen los historiadores árabes, de que se allanase del todo esa gran fábrica, y quedase en los términos en que hoy la vemos, mostrando, si, pequeños vestigios, pero grandiosos recuerdos, que arrebatan al anticuario á tiempos muy remotos, creyendo oír el estrépito de los clarines, ver la polvareda levantada por las carreras de carros y caballos, y escuchar el murmullo del sinnúmero de espectadores, que en otros tiempos serían presenciales testigos de los magníficos juegos que se celebraron en este suntuoso circo.

N. MAGAN.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.